

## Cuentos con camalote

Viajaba sobre el Paraná con orgullo de navío. Era un camalote verde intenso, vivía en movimiento y sin arraigar.

A veces, los pescadores ensartaban el anzuelo entre sus ramas, pescándolo, y devolviéndolo al río.

Cuando llovía mucho, el Paraná desbordaba su cauce inundándolo todo.

Aquella mañana de otoño el cielo se había despejado. La crecida del río bajaba lentamente.

Pasó una lancha haciendo olas, y el camalote, sin querer, se acercó a la playa. De pronto, sintió un golpe sobre sus hojas. Era una yarará, de piel lustrosa—manchada con gris ceniciento y color ladrillo—que se había tirado desde la rama de un sauce.

—Buenos días—le dijo la víbora al camalote—voy río abajo y pensé que usted me podía llevar.

—No tengo las comodidades de una lancha colectiva, pero enrósquese a mis ramas nomás; mejor si viajamos juntos, así conversamos un rato.

—Precisamente por conversar tuve que dejar mi nido.

—No me diga.

—Si le digo; es que al atardecer bajaba a la playa, y me quedaba viendo pasar las aguas del río. Conversaba con un pez, después con otro, me contaban de sus andanzas en lo profundo del lecho; algunos eran maestros en eso de esquivar redes y anzuelos. Hasta que una tarde apareció un dorado y me contó que había visto a un surubí pasearse por el río con charreteras de oro, de esas que llevan los oficiales del ejército en los hombros. Le pregunté por qué el surubí se paseaba con semejantes cosas, y me respondió que era porque había participado de una guerra de cuento.

—¿Cómo de cuento?—le preguntó el camalote asombrado.

—Una guerra entre yacarés y hombres, que se había librado en este río, según lo que relata Horacio Quiroga en uno de sus *Cuentos de la selva*.

—Y ¿cómo se llama el cuento?

—*La guerra de los yacarés*.

—¿Y qué más cuenta?—preguntó muy interesado el camalote mientras bailaba en remolinos sobre la espuma de las olas.

—Un montón de cosas: que los yacarés vivían nomás tranquilos en el río comiendo peces y tomando sol en la playa, hasta el día en que apareció un vapor a ruedas navegando por primera vez en estas aguas y espantó a los peces.

—¿Tanto ruido hacía?

—Parece que mucho, pero aquel dorado me aseguró que el que más ruido hacía era el buque de guerra: un barco inmenso que tiraba bombas al dique que los yacarés habían construido con troncos para no dejar pasar a ningún barco.

—¡Qué habilidosos los yacarés, y yo que pensaba que se la pasaban durmiendo medio sumergidos en el agua!

—¡Qué van a dormir!, se la pasaron todo el cuento construyendo el dique que los hombres destruían a bombazos.

—¿Y cómo termino el cuento?

—Ah, no sé, el dorado se fue de pronto sin contarme el final, y desde entonces no pude pegar un ojo en las noches de la curiosidad por saber qué les había pasado a esos valientes yacarés.

—¿Quiere decir que no sabe el final del cuento?

—Eso mismo le estoy diciendo, y de tanta curiosidad por saber cómo terminaba, dejé mi nido para ir en busca de aquel libro, en donde seguro que Horacio Quiroga cuenta el final. Salté con esa idea sobre usted para viajar por el río, porque se va más rápido; el resto de la historia ya lo conoce.

Al camalote le picó tal curiosidad, que si o si quería saber el final de aquel cuento, y se unió al entusiasmo de la víbora por encontrar el libro en dónde estaba escrito. Siguió el curso del Paraná, y en cuanto tuvo oleaje a favor se arrimaron a lo orilla. Un coatí con su larga cola en alto, hociqueaba entre el follaje.

—¿Cómo anda?—le preguntaron, camalote y yará a la vez.

—Muy bien—respondió el coatí con el miedo llameándole en los ojos, porque las víboras no eran santas de su devoción.

—¿Conoce usted los *Cuentos de la selva*?—le preguntó el camalote.

—Yo no los leí, pero un loro que frecuenta aquella palmera—señaló una palmera inmensa—me dijo que uno de esos cuentos trata sobre un loro pelado como él, y que en otro, aparecen dos cachorros de coatí; si quiere saber más sobre los *Cuentos de la selva*, pregúntele al loro que le digo, creo se hace llamar: Pedrito.

Y el coatí desapareció como un rayo entre los árboles del monte.

La yará llevó al camalote sobre su lomo, zigzagueando, hasta los pies de la palmera.

Detrás de un revuelo verde apareció un loro al que no le faltaba ni una pluma.

—Buenas, señor loro, andábamos buscando a un loro pelado—le dijo el camalote.

—Más precisamente, al que se hace llamar: Pedrito—agregó la yará conteniendo la risa, porque los nombres humanos le sonaban bastante graciosos.

—Hoy Pedrito no está por aquí, voló de visita a la casa de una familia amiga.

—Queríamos saber—dijo el camalote—si usted tiene idea de dónde podemos encontrar los *Cuentos de la selva*.

—Yo no sé dónde, aunque suenan muy bonitos, pero vayan a preguntarle a la tortuga que anda cerca de la orilla, lo mío son las coplas.

—A ver, recítenos una—le pidió la yará.

—Debajo de un camalote  
una rana se escondió  
piedra libre cantó el sapo  
y la rana no lo oyó.

Recitó de corrido el loro, y después levantó vuelo hacia la copa de una palmera vecina.

La yará volvió arrastrándose a la orilla. El camalote iba sobre su lomo, sorprendido de ver a tantas plantas y árboles, quietos, con las raíces sumergidas en la tierra.

Esperaron un buen rato a la tortuga que avanzaba a su ritmo, mordiendo las hojas más tiernas.

En cuanto la tortuga se acercó a la orilla, la saludaron y la yará le preguntó:

—¿Conoce usted los *Cuentos de la selva*?

—Desde luego, mi abuela fue la protagonista de uno de ellos—respondió la tortuga, y como si nada siguió mordisqueando hojas.

—Y ¿Dónde podemos conseguir ese libro?

—Sigán la corriente del río, y en la próxima curva se bajan en la playa; en una cueva pegadita a un quebracho, vive un tatú; me dijeron que él tiene los cuentos que buscan—dijo la tortuga, y chapuceó en el agua para refrescarse. Camalote y yará se despidieron de la tortuga, contentísimos.

El camalote volvió al agua y la yará se enroscó en sus ramas.

Navegaron hasta la curva del río, y el camalote izó sus hojas como velas al viento para arrimarse a la orilla.

Una vez en la playa, el camalote volvió a montar sobre el lomo lustroso de la víbora. Anduvieron un tiempo, hasta que llegaron a los pies del quebracho.

Pegadita al tronco del árbol estaba la cueva del tatú que era honda, parecida a un ojo abierto de la tierra. Llamaron al tatú, pero no salió. Se quedaron esperándolo bajo la copa del quebracho.

Pasado el mediodía, la víbora tuvo hambre, y el camalote sed. La yará llevó a su amigo a tomar agua, y después se adentró en el monte en busca de algún roedor.

A la hora de la siesta llegó el tatú con su paso corto y firme. Camalote y víbora lo saludaron.

—La tortuga que vive río arriba nos dijo que usted tiene los *Cuentos de la selva*—le dijo el camalote.

El tatú asintió moviendo el hocico. Al minuto, sacó el libro de uno de los pliegues de su caparazón, anunciándoles que en unos instantes comenzaría la lectura de esos cuentos.

Al ver el libro que tanto buscaban, yará y camalote saltaron de alegría, ansiosos por oír aquella lectura.

Siguieron al tatú hasta la playa, el camalote se quedó flotando en el agua que runruneaba en la orilla, y la víbora enroscada junto a una piedra.

Minutos después, llegó volando una bandada de loros parranderos que se apiñó en una palmera, aterrizaron los flamencos sobre la orilla, sumergiéndose de inmediato sus patas coloradas en el agua, sin quitarles los ojos de encima a las yará y a las víboras De coral que avanzaban arrastrándose por la arena. Enseguida llegaron buceando los yacaré, entre las copas de los árboles se vieron los ojos brillantes de los coatíes, y hasta se oyó en el monte un rugido de yagareté.

Lo primero que hizo el tatú fue leer *La guerra de los yacaré*, dedicándoles la lectura a los nuevos invitados.

Al camalote y a la yará les encantó el cuento, y más todavía el final que tanto se había hecho esperar.

Después de aquel cuento, tan ovacionado, el tatú leyó *La tortuga gigante*, y todos los animales del monte lagrimearon de la emoción.

A la mañana siguiente, la yará se despidió del tatú y del camalote; iba a andar por la tierra un tiempo hasta perder algunas pieles.

Como el tatú de tanto leer el libro se sabía los cuentos de memoria, lo envolvió en una bolsa plástica que había traído la crecida del río, y se lo regaló al camalote.

El camalote tardó un buen rato en darle mil gracias al tatú, que el tatú guardó en recuerdo debajo de una piedra para que no se le volaran. Después, se despidió de su amigo, y se fue por el agua con el precioso libro entre las hojas.

Dicen, los que pescaron al camalote, que aquel libro que viajaba entre sus hojas llevaba esta nota escrita con letra de tatú:  
“Si me pesca: por favor; léame un cuento de mi libro favorito, vuelva a dejarlo entre mis hojas, y regrésemelo al río”.